

BORGES LECTOR DE BERGSON

Jorge Martín – Universidad de Buenos Aires

INTRODUCCIÓN

En una entrevista con el crítico norteamericano Richard Burgin, Jorge Luis Borges manifestó que, de entre todos los filósofos del siglo XX, él admiraba particularmente a Henri Bergson (*Conversaciones*, 126-127). Tal mención no debería ser llamativa para los lectores, puesto que su nombre es invocado por el escritor en otras ocasiones. Es probable que el interés por este pensador lo adquiriera en su hogar: “Mi padre, que era profesor de psicología, pedía [en la Biblioteca Nacional] algún libro de Bergson o de William James, que eran sus autores preferidos, o de Gustav Spiller” (*Siete noches*, 145-146).

La obra del filósofo francés se encuentra desarrollada en cuatro libros fundamentales, tal como lo señaló Henri Gouhier en la presentación de sus *Obras*: “Henri Bergson nació el 18 de octubre de 1859; murió el 3 de enero de 1941. Su filosofía entera se encuentra en cuatro obras: *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, 1889; *Materia y memoria*, 1896; *La evolución creadora*, 1907; *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, 1932” (*Œuvres*, VII).

En un primer momento de esta comunicación, analizaremos los diferentes pasajes de Borges que remiten a las tres primeras obras mencionadas, y mostraremos con un ejemplo preciso cómo el escritor se apropia de algunas ideas del filósofo para elaborar sus relatos.

En una segunda instancia, buscaremos resolver el enigma que se ha planteado hace varios años, cuando se le atribuyó a Borges la reseña del libro: *Las dos fuentes de la moral y de la religión* (*Obras* 192). Este escrito, que aparece sin la firma del autor (según la edición citada), fue publicado en la *Revista Multicolor de los sábados* (del

diario *Crítica*) el 30 de septiembre de 1933. A partir de diversas pistas (formales y de contenido) buscaremos determinar si es pertinente la atribución a Borges.

BORGES LECTOR DE BERGSON

Para el escritor argentino, la tarea principal de la metafísica no radica -como se entiende por lo general- en trascender el ámbito sensible para acceder a la eternidad sino en determinar la verdadera naturaleza del tiempo: “El tiempo es un problema para nosotros, un tembloroso y exigente problema, acaso el más vital de la metafísica” (*Obras I*, 353). Teniendo en cuenta esto, es comprensible que se haya interesado por el pensamiento de Bergson, quien ha caracterizado a la historia de la filosofía occidental como el olvido de la duración.

En efecto, su gran descubrimiento ha sido la *durée*, el tiempo real, que no debe ser confundido con el tiempo espacializado, fruto de nuestra inteligencia y de la orientación pragmática de nuestro cuerpo. Y así como Bergson denunció que en la teoría de la relatividad se concibe el tiempo como una línea en la cual todos sus puntos se encuentran yuxtapuestos y no como sucesión pura e imprevisible (*Durée*, 140-176), Borges le reprochó al escritor John Dunne haber caído en el mismo error: “Dunne es una víctima ilustre de esa mala costumbre intelectual que Bergson denunció: concebir el tiempo como una cuarta dimensión del espacio” (*Obras II*, 26).

En su tesis doctoral, titulada *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, Bergson mostró cómo al espacializar nuestra vida psicológica por influencia del lenguaje, el movimiento y la ciencia, no podemos evitar caer en una falsa concepción asociacionista de la vida interior que niega finalmente el libre albedrío. Es decir que el determinismo psicológico es una ilusión fruto de nuestra tendencia natural a reconstruir el movimiento con inmovilidades, tal como se observa en la filosofía desde las paradojas planteadas en la escuela eleática: “Otra voluntad de refutación [de Zenón] fue

la comunicada en mil novecientos diez por Henri Bergson, en el notorio *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*” (*Obras I*, 245)¹.

En su segunda gran obra, *Materia y memoria*, el filósofo muestra cómo nuestra concepción de la memoria (y de la unión del alma y del cuerpo) está falseada por nuestros hábitos espacializantes. Borges hace una evidente alusión a este texto -y en particular a la memoria inmediata, diferente de la pura y hábito (*Works*, 43)- en su escrito titulado “Alicia Jurado”: “Debemos pensar que todo artista, ese artista puede ser escritor, puede ser músico, bueno, ese individuo, esa persona, sueña, imagina, combina recuerdos, usa el olvido como instrumento también, ya que la memoria elige, según dijo Bergson, y luego hace su obra y su obra puede expresarse por misteriosos medios” (*Textos 1956-1986*, 218)².

Por último, en *La evolución creadora*, Bergson denuncia las concepciones evolucionistas que suponen una espacialización de la vida, como por ejemplo la de Herbert Spencer. Si bien Borges no menciona en ninguna oportunidad esta obra, en una de sus conferencias hace referencia a ella cuando utiliza una de sus expresiones más famosas: “Luego vendrá Shaw que habla de *the life force* (la fuerza vital) y finalmente Bergson, que hablará del *élan vital*, el ímpetu vital que se manifiesta en todas las cosas, el que crea el universo, el que está en cada uno de nosotros. Está como muerto en los metales, como dormido en los vegetales, como un sueño en los animales; pero en nosotros es consciente de sí mismo” (*Borges oral*, 49). Una de las enseñanzas más importantes de este libro, es que el tiempo cósmico no se asemeja al de los mecanicistas: el futuro no está predeterminado en el presente, el porvenir aún no está

¹ En realidad, esta obra de Bergson fue publicada en 1889. La primera edición de la traducción al castellano de Barnés, que cita Borges y es corregida por él, es de 1919. Es probable, entonces, que él tuviera a mano la primera traducción inglesa: *Time and free will: an essay on the immediate data of consciousness*, que es precisamente de 1910.

² Luego de publicar *Materia y memoria*, Bergson escribió una de sus obras más famosas (aunque es un libro menor en su producción): *La risa* (1900). Borges leyó este texto pero no parece haber tenido una gran opinión de él (*Textos cautivos* 188).

escrito, está abierto a la novedad y a la creación: “Es tiempo imprevisible, tiempo de Bergson, no duro tiempo del Islam o del Pórtico” (*Obras I*, 591).

A partir de lo que hemos desarrollado en los párrafos anteriores, se puede concluir con fundamentos textuales que Borges ha sido un lector atento de los tres primeros libros de Bergson. A continuación, daremos un paso más, y buscaremos mostrar que el escritor no solamente leyó al filósofo sino que incorporó algunos de sus planteos para la elaboración de sus escritos.

BERGSON ENTRE FUNES Y LOS YAHOOOS

Hay dos temas fundamentales desde el punto de vista filosófico que han sido pensados por Borges, y volcados en sus relatos de ficción: la memoria y los universales (temas que se relacionan entre sí). Dentro de los diversos textos que hacen alusión a estas cuestiones, dos nos resultan particularmente pertinentes para ilustrar la influencia de Bergson. Nos referimos a “Funes el memorioso” y “El informe de Brodie”.

En el primero nos encontramos con Ireneo Funes, un joven que a raíz de un accidente que tuvo, quedó inmobilizado y adquirió una capacidad memorística ilimitada. Es tan grande su retención de los recuerdos, que es incapaz de generalizar, y por eso, frente al tema de los universales, lo podemos catalogar como a un nominalista extremo. En el segundo texto mencionado, Borges nos presenta un informe redactado por el misionero escocés David Brodie, en el cual éste relata su estadía con los Yahoos. Estos salvajes son la antítesis de Funes. Primero, porque se caracterizan por padecer una amnesia constante, y segundo, porque representan un conceptualismo extremo: su lenguaje sólo se basa en conceptos genéricos.

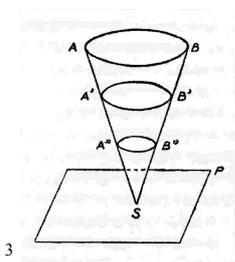
Desde nuestro punto de vista, el planteo filosófico de estos relatos está tomado de *Materia y memoria*. En el tercer capítulo de este libro, encontramos -para aclarar el funcionamiento de nuestra vida mental- el célebre esquema del cono invertido SAB, en

el cual el vértice S representa el plano de la percepción, y la base AB el plano de la memoria integral³. Entre los dos límites, hay planos diferentes en número indefinido, de acuerdo con el esfuerzo o la tensión que adopta el espíritu.

Para comprender este esquema, debemos desarrollar -aunque sea someramente- algunas de las ideas de Bergson. Según este filósofo, el cuerpo humano es un instrumento de acción, y como tal no puede explicar las representaciones (percepciones, recuerdos, y operaciones superiores de la mente). Es decir que el cerebro es un simple intermediario entre los movimientos que recibe y los que ejecuta.

A su vez, admite la existencia de dos formas principales de memoria, que difieren por naturaleza: la memoria pura y la memoria hábito. La primera, acumula en el inconsciente todo lo vivido por la conciencia y no olvida ningún detalle. La segunda, consiste en un conjunto de hábitos corpóreos, cuya finalidad radica en ejecutar nuestra experiencia pasada; y es por esto, que sólo acepta de la primera aquello que pueda iluminar nuestra adaptación a la situación presente.

Ahora bien, es evidente que la mayoría de nuestros recuerdos resultan inútiles en función de la acción que vamos a desarrollar. Es por ello que aquí interviene el cerebro: siendo el órgano de atención a la vida, su función consiste en inhibir aquellos recuerdos inconscientes que no representan ninguna utilidad en relación con nuestro presente sensorio-motor. En caso, entonces, de que se produzca un accidente y el cerebro no pueda cumplir con su función inhibitoria, o de que nos desinterese de la acción



presente en dirección a la vida del sueño, es claro que los recuerdos (que, en sí mismos, jamás pueden ser abolidos) se manifestarán plenamente.

Luego de haber distinguido estas dos formas de memoria, Bergson busca establecer su relación. A partir de lo ya señalado, es evidente que un hombre que actúa normalmente, que está bien adaptado a la vida, es aquél que complementa ambas memorias, aquél que coordina en forma adecuada su pasado (recuerdos puros) y su presente (acción).

A partir de esta concepción de los “diversos planos de conciencia”, Bergson busca aclarar el problema de las ideas generales. Para él, tanto los nominalistas como los conceptualistas parten de un postulado común erróneo: ambos suponen que partimos de la percepción de los objetos individuales. Sin embargo, no debemos olvidar que para este autor nuestra percepción tiene un origen puramente utilitario. Lo que nos interesa en una situación dada, es el lado por donde puede responder a una necesidad, y la necesidad remite a la semejanza, sin preocuparse de las diferencias individuales. Esto quiere decir que la identidad de reacciones motrices frente a las diversas percepciones, hará que se desprenda algo en común, y que la idea general sea sentida, experimentada, antes de ser representada.

¿Cómo evoluciona psicológicamente este sentimiento confuso de semejanza vivido? Gracias a los aportes de la memoria, se construye la percepción de los individuos. Gracias al entendimiento, se construye la concepción de los géneros. Para lograr esto último, el entendimiento, imitando a la naturaleza, ha montado aparatos motores (artificiales) para hacerlos responder en número limitado a una multitud de objetos individuales: el conjunto de estos mecanismos es la palabra articulada.

Si volvemos ahora a nuestro esquema del cono, resulta que la idea general oscilará continuamente entre el vértice S (plano de la acción) y la base AB (plano de la memoria pura). En S tomaría la forma clara de una actitud corpórea o de una palabra pronunciada

(conceptualismo extremo); en AB revestiría el aspecto, no menos claro, de una multiplicidad de imágenes individuales, en las que vendría a romperse su unidad (nominalismo extremo). Un yo normal nunca se aferra a una de estas dos posiciones extremas; se mueve entre ellas, adoptando alternativamente las posiciones intermedias.

¿Cómo se relaciona todo esto con los relatos literarios de Borges? Tal como hemos señalado, la base AB constituye la suma total de los recuerdos de una persona. En circunstancias normales, nuestro cerebro mantiene en el inconsciente a la mayoría de ellos: sólo deja pasar aquellos que puedan ser útiles para la acción presente. El caso de Funes, por el contrario, es anormal: es la encarnación literaria de la base ensanchada del cono. Y, siguiendo con las ideas de Bergson, habría que decir que a mayor cantidad de recuerdos, se manifiesta una menor capacidad generalizadora, lo cual se refleja en el nominalismo extremo del personaje. El vértice S, por el contrario, se identifica con el presente sensorio-motor. Si fuera completamente puro, su responsable carecería de memoria, como ocurre con los Yahoos. De acuerdo con el planteo bergsoniano, una persona sin memoria tendría representaciones lingüísticas acordes con su percepción utilitaria. Como hemos visto, ésta siempre comienza por un sentimiento confuso de semejanza. Al no haber memoria discriminadora, nunca puede solidificarse en percepción de lo individual, y el análisis reflexivo la depura en idea general. No es llamativo, entonces, que los Yahoos se caractericen por un conceptualismo extremo.

En síntesis, podemos afirmar que el escritor presenta en estos relatos dos concepciones memorísticas y lingüísticas, la de Funes y la de los Yahoos, que son igualmente patológicas, ya sea por exceso o por defecto. Y es evidente que se corresponden perfectamente con las ideas bergsonianas implicadas en el esquema del cono.

BORGES Y LAS DOS FUENTES DE LA MORAL Y DE LA RELIGIÓN

En el año 1995, Irma Zangara publicó un libro en editorial Atlántida titulado *Borges: obras, reseñas y traducciones inéditas. Colaboraciones de Jorge Luis Borges en la Revista Multicolor de los Sábados del diario Crítica, 1933-1934*. El texto está dividido en tres partes: 1. Obras de Borges. 2. Reseñas firmadas J.L.B. 3. Traducciones sin firma del traductor.

Dentro del segundo grupo, la compiladora incluye varias con la leyenda: *Sin firma del autor*. Eso ocurre precisamente con la reseña de *Las dos fuentes de la moral y de la religión*. ¿Por qué le atribuyó entonces este escrito a Borges? La única aclaración que encabeza el texto dice: “Henri Bergson (1859-1941). Filósofo francés, nacido en París, que profesó en el Collège de France. Su distinción entre un tiempo subjetivo, concreto, opuesto al tiempo de la física, cuantitativo y abstracto, debió interesar especialmente a Jorge Luis Borges” (*Borges: obras*, 192).

Si bien esto último es cierto, como ya hemos visto, no parece un argumento suficiente para atribuirle la reseña a Borges. Teniendo en cuenta que había leído detenidamente las tres primeras obras de Bergson, es comprensible que hubiera estado interesado en la cuarta, aquella en la cual el filósofo se dedica a estudiar las cuestiones morales y religiosas. Ahora bien, ¿tenemos elementos en los textos del escritor para determinar si leyó *Las dos fuentes* y, sobre todo, si la reseñó?

Borges hace referencia al Dios de Bergson en dos oportunidades. En la primera, dice: “Sustituyamos a la palabra *Dios*, hoy muy comprometida, las palabras *espíritu*, *ímpetu vital* o *voluntad* (en el sentido que Schopenhauer y Bergson dan a estas últimas) y quedará borrada la oposición de natural y artificial, de órgano y de instrumento” (*El círculo*, 16). En la otra, más interesante aun, refiere que “Pedro [Henríquez Ureña] había frecuentado las obras de Bergson y de Shaw que declaran la primacía de un

espíritu que no es, como el Dios de la tradición escolástica, una persona, sino todas las personas y, en diverso grado, todos los seres” (*Prólogos*, 86).

Lo que encontramos en estos pasajes son dos referencias a la divinidad en la que cree Bergson, pero tal como la plantea fugazmente en *La evolución creadora* y no en *Las dos fuentes de la moral y de la religión*. La diferencia entre ambas obras radica en que, mientras que en la primera se concibe un absoluto impersonal, más cercano a la religiosidad pagana de los pensadores griegos, en la segunda estamos en presencia de un Dios personal (*Les deux*, 267-269). Este cambio radical de perspectivas, se explica por el acercamiento del filósofo, al final de su vida, hacia el cristianismo (si bien nunca se convirtió formalmente). Es decir, que en los escritos firmados por Borges no encontramos ninguna alusión explícita a *Las dos fuentes* (lo cual, por supuesto, no indica que no la haya leído).

En cuanto a la reseña, nuestra postura es que Borges no la escribió, y esto por motivos formales y de contenido. En cuanto al primer punto, hemos consultado el texto que aparece en el CD-ROM preparado por Nicolás Helft y que contiene toda la *Revista Multicolor de los Sábados*. Al final de la nota que comenta *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, se percibe la firma A.A.J. (o sea, que es incorrecta la leyenda: *Sin firma del autor* asignada por Irma Zangara a este escrito).

Más allá de la cuestión formal, y de la dificultad para determinar cuál es el verdadero nombre que se encuentra detrás de esas siglas, lo expresado en la reseña nos resulta incompatible con el pensamiento de Borges. Como ya hemos visto, la filosofía de Bergson tiene como núcleo a partir de la cual se desarrolla la idea de duración, expresada por primera vez en el *Ensayo*. Desde el capítulo cuarto de *Materia y memoria* y, sobre todo, a partir de la “Introducción a la metafísica”, el filósofo comienza a

elaborar una gnoseología centrada en el concepto de intuición (el cual constituye uno de los aspectos más discutidos y polémicos de su obra).

En la reseña, encontramos una valoración altamente positiva del libro y de la intuición bergsoniana, la cual, se sostiene, no debe ser interpretada en un sentido sentimental o antiintelectualista:

“Nada socorrió en los últimos tiempos a los defensores de la arbitrariedad, en el orden de las ideas, como el concepto bergsoniano de la intuición, que es una de las más salientes de aquellas ramas. En el sentido adoptado por Bergson, la intuición significaba otra cosa que una fuente y árbitro de verdades que no pueden ser originadas o sancionadas por la inteligencia. Significaba una facultad alejada de una concepción del espíritu humano formulada, como habitualmente se hizo desde fines del siglo pasado, en términos de los métodos seguidos por las ciencias físicas y químicas para descubrir la verdad...No se proponía Bergson defender con ello bases sentimentales contra fundamentos rigurosamente intelectuales de la verdad, sino exaltar los procesos creadores del pensamiento, siempre activos en imprevisibles manifestaciones...La intuición, pues, es para Bergson exactamente lo que se ha llamado la razón para las más nobles tradiciones de la filosofía. La intuición con él, como con Platón y Espinosa, lejos de llevarnos a una actitud antiintelectual o antirracionalista, en cualquiera de las esferas de la verdad, exalta el intelecto y la razón a la jerarquía del único poder que hace que la vida humana valga la pena ser vivida”. (*Borges: obras*, 192-195).

¿Por qué consideramos que Borges no ha podido escribir esto? Porque tenemos un texto suyo titulado “La vuelta de Martín Fierro”, y fechado el 24 de noviembre de 1935 (esto es, dos años después de la reseña), en el que dice exactamente lo opuesto sobre la intuición planteada por el filósofo: “Descartada la hipótesis bergsoniana, sentimental

(supremacía de la misteriosa intuición, impropiedad y estupidez de la inteligencia), indagaremos otra” (*Textos 1931-1955*, 126).

Si bien es imposible demostrar con una certeza matemática que Borges no ha escrito esta reseña, si tenemos en cuenta que ha sido firmada con unas siglas que no le corresponden y que lo expresado en ella es incompatible con lo sostenido en un texto del escritor que fue publicado para la misma época, consideramos que es altamente improbable que Borges haya sido el autor de la misma.

CONCLUSIÓN

A partir de lo que hemos desarrollado, se desprenden tres conclusiones generales: la primera, es que Borges ha sido un lector atento de los tres primeros libros de Bergson; la segunda, que se ha inspirado en algunos de sus planteos filosóficos (lo cual no implica hacer del escritor un bergsonianos); la tercera, que si bien sería interesantísimo que hubiera reseñado su cuarta obra, las evidencias formales y conceptuales lo desmienten.

BIBLIOGRAFÍA

Bergson, Henri. *Durée et simultanéité. A propos de la théorie d'Einstein*. Paris : PUF, 2009.

Bergson, Henri. *Les deux sources de la morale et de la religion*. Paris : PUF, 2008.

Bergson, Henri. *Œuvres*. Paris: PUF, 1991.

Borges, Jorge Luis. *El círculo secreto*. Buenos Aires: Emecé, 2003.

Borges, Jorge Luis. *Obras completas I*. Buenos Aires: Emecé, 1989.

Borges, Jorge Luis. *Obras completas II*. Buenos Aires: Emecé, 1989.

Borges, Jorge Luis. *Prólogos*. Buenos Aires: Torres Agüero Editor, 1975.

Borges, Jorge Luis. *Siete noches*. Buenos Aires: FCE, 1980.

Borges, Jorge Luis. *Textos cautivos*. Buenos Aires: Tusquets, 1986.

Borges, Jorge Luis. *Textos recobrados, 1931-1955*. Buenos Aires: Emecé, 2001.

Borges, Jorge Luis. *Textos recobrados, 1956-1986*. Buenos Aires: Emecé, 2003.

Borges: obras, reseñas y traducciones inéditas. Barcelona: Atlántida, 1999.

Borges oral. Buenos Aires: Emecé, 1997.

Burgin, Richard. *Conversaciones con Jorge Luis Borges*. Madrid: Taurus, 1974.

Worms, Frédéric. *Le vocabulaire de Henri Bergson*. Paris : Ellipses, 2000.